

á acabar con lo pasado, destruir las resistencias, pulverizar el trono, la aristocracia, el clero, la emigracion, los ejércitos extranjeros, arrojar el guante á todos los reyes y proclamar, no la soberanía abstracta del pueblo que se puede desnaturalizar en el mecanismo complicado de las constituciones mixtas, sino la soberanía popular que interroga hombre por hombre hasta el último de los ciudadanos, y que hace reinar con un irresistible poder el pensamiento, la voluntad y hasta las pasiones generales. Tal era el instinto del momento.

Todos los nombres que la Francia habia oido pronunciar desde el principio de la revolucion en sus ayuntamientos, en sus clubs y en sus molines, se encontraban en la lista de los miembros de la Convencion. La Francia los habia escogido, no por su moderacion, sino por su ardor; no por su sabiduria, sino por su audacia; no entre los hombres de edad madura, sino entre la juventud mas fogosa y alborotada. Fué esta una eleccion á la desesperada. La patria conocia que en los peligros en que su resolucion de cambiar la faz del mundo iba á arrojarla, necesitaba combatientes y no legisladores. Menos que un gobierno, era una fuerza temporal la que queria constituir. Penetrada de la necesidad de la unidad y de la energía de accion, vomitaba á sabiendas una grande dictadura. Solamente que en vez de dar esta dictadura á un hombre que podria engañarse, debilitarse ó hacerla traicion, se la daba á setecientos cincuenta representantes que le respondian de su fidelidad por sus mismas rivalidades, y que observándose los unos á los otros no podrian ni detenerse en su marcha, ni fingir encontrarse con las sospechas del pueblo delante y el suplicio detrás de ellos. No eran luces, ni justicia, ni virtud lo que se les pedia, exigíaseles únicamente una gran fuerza de voluntad.

LIBRO VEINTE Y NUEVE.

Fin de la Asamblea legislativa.—La Convencion.—Disidencias.—El trono.—La república.—Los girondinos.—Collot de Herbois pide la abolición del trono.—Los girondinos la adoptan.—Vergniaud propone que se redacte inmediatamente el acta de supresion.

I.

El 23 de setiembre á medio dia, las puertas de la sala del Picadero se abrieron y se vió entrar lenta y solemnemente á todos aquellos hombres, de los cuales los mas ilustres debian salir de alli para el cadalso. Los espectadores de la tribuna, puestos en pie, atentos é inclinados hácia la sala reconocieron y señalaron con el dedo, nombrándoselos los unos á los otros los principales miembros de la Convencion á medida que iban entrando.

Los miembros de la Asamblea legislativa escollaron en cuerpo á la Convencion para abdicar en ella solemnemente. Francisco de Neufchateau, último presidente que habia sido de la Asamblea disuelta, tomó la palabra: «Representantes de la nacion, dijo, la Asamblea legislativa ha cesado en sus funciones y depone el gobierno

en vuestras manos, dando á los franceses el ejemplo del respeto á la mayoría del pueblo. Las tres palabras de libertad, leyes y paz, fueron escritas por los griegos sobre las puertas del templo de Delfos. Vosotros las imprimireis en todo el territorio de la Francia.»

Petion fué nombrado presidente por unanimidad. Los girondinos saludaron con una sonrisa este presagio de su ascendiente en la Convencion. Condorcet, Brissot, Rabaut-Saint-Etienne, Vergniaud, Camús y Lasource, todos girondinos, á escepcion de Camús, fueron á ocupar el sitio destinado para los secretarios. Manuel se levantó y dijo: «La mision de que estais encargados exigiria una sabiduria y un poder divinos. Cuando Cineas entró en el senado de Roma creyó ver una asamblea de reyes. Se-mejante comparacion seria para vosotros una injuria. Aquí es necesario ver una asamblea de filósofos ocupados en preparar la felicidad del mundo. Pido que el presidente de la Francia se aloje en el palacio nacional; que los atributos de la ley y de la fuerza estén siempre á su lado, y que cuando abra las sesiones todos los ciudadanos permanezcan en pie.»

Levantóse un murmullo de desaprobacion al escuchar estas palabras. El sentimiento de la igualdad republicana, alma de este cuerpo popular, se sublevó contra la sombra misma del ceremonial de las córtes. «¿A qué conduce ese honor que se pretende tributar al presidente de la Convencion? dijo el jóven Tallien que iba vestido de chaqueta. Fuera de esta sala, el presidente es un simple ciudadano, á quien si se le quiere ver será menester quizá ir á buscarlo al tercero ó cuarto piso de alguna casa lóbrega. Allí es donde habitan el patriotismo y la virtud.»

Decretóse que al presidente no se le hiciese ningun honor.

«Nuestra mision es grande y sublime, dijo Couthon sentado al lado de Robespierre. Temo que en las discusiones que se van á establecer se atrevan algunos á ha-

blar del trono, pero no solo es el trono lo que importa separar de nuestra Constitucion, sino toda especie de poder individual que tienda á restringir los derechos del pueblo. Se ha hablado de triunvirato, de protectorado y dictadura, se esparce en el público un rumor de que se forma un partido en la Convencion por una ú otra de estas instituciones. Dejemos estos vanos proyectos, si es que existen, jurando todos la soberanía entera y directa del pueblo. Queremos que caiga igual anatema sobre el trono, la dictadura y el triunvirato.» Estas palabras aludian á Danton y revelaban los primeros recelos de Robespierre. Danton las comprendió, y no tardó mucho en responder con una abdicacion, que descargándole del poder ejecutivo, lo volvía á su elemento.

II.

Por una parte estaba ya cansado de un reinado de seis semanas, durante las cuales habia impreso á la Francia las convulsiones de su carácter, y por otra queria alejarse del poder un momento, para ver cómo se desarrollaban los nuevos hombres, los nuevos partidos y los nuevos acontecimientos; en fin, (¡tal es la influencia de los negocios caseros sobre los hombres públicos!) su muger, que estaba moribunda, presa de una enfermedad de languidez, deploraba la siniestra fama que habia manchado su nombre con tantos asesinatos, provocados ó tolerados, y le suplicaba llorando que saliese del torbellino que le arrastraba á semejantes vértigos, y espíase los males y las desgracias de su ministerio haciendo dimision. Danton amaba y respetaba á la primera compañera de su juventud; escuchaba su voz como un oráculo, y miraba con ternura é inquietud á sus dos hijos, próximos á quedarse sin madre. Danton deseaba recogerse un momento, orgu-

lloso por haber libertado las fronteras, y avergonzado al mismo tiempo de que su patriotismo estraviado le hubiese hecho comprar á costa de su honor la popularidad que habia adquirido en las sangrientas jornadas de setiembre.

III.

Una impaciencia visible se traslucia en las primeras palabras, en la actitud y en el silencio mismo de la Convencion. Los franceses no dejan nunca para el dia siguiente lo que pueden hacer en el que se encuentran. En todos los espíritus, en todas las miradas y en todos los labios habia un pensamiento, y no podia tardar mucho en estallar. La primera cuestion que se iba á tratar era la de trono ó república. La Francia habia tomado su partido. La Asamblea no podia suspender el suyo, y solamente reflexionaba en la grandeza del acto. Hay palabras que contienen la vida ó la muerte de los pueblos; hay momentos que deciden del porvenir del género humano. La Convencion se hallaba en el umbral de estos destinos desconocidos: ella no vacilaba y se recogia para meditar.

IV.

La Francia, nacida, criada y envejecida en la monarquía, miraba esta forma de gobierno como la naturaleza de su organizacion social, y el respeto á esta institucion era general en la mayoria de los franceses. Como nacion militar habia coronado á sus primeros soldados; como nacion feudal habia infeudado su gobierno civil lo mismo que sus tierras; como nacion religiosa habia consagrado á sus gefes y atribuido á sus reyes una especie

de delegacion divina, adorado el trono como un dogma, proscrito la independencia de las opiniones como una rebelion, y castigado los crímenes de lesa magestad como un sacrilegio. Una vana sombra de independencia individual y de privilegios provinciales subsistia en los parlamentos, en los cuerpos ó estados provinciales, y en las administraciones municipales. La ley era el rey, el noble el súbdito, el pueblo el esclavo, ó cuando mas un liberto. Nacion militar y fiera, la Francia habia ennoblecido su servidumbre por el honor, santificado la obediencia por la adhesion, y personificado el pais en el trono. Desapareciendo el rey no sabia donde estaba la patria. El derecho, el deber, la bandera, todo desaparecia con él. El rey era el dios visible de la nacion: la virtud consistia en obedecerle.

Nada habia creado en el pueblo el ejercicio de las virtudes cívicas que son el alma de los gobiernos libres, Honores, dignidades, influencias, poder, grados, nada venia del pueblo, todo procedia del rey. Las ambiciones no miraban abajo, sino á lo alto. La estimacion no daba nada; el favor lo daba todo. Además, una alianza tan antigua como la monarquía, unia la religion al trono; destruir la una era destruir la otra. La Francia tenia dos hábitos seculares: el trono y el catolicismo.

La opinion y la conciencia se sostenian mutuamente; no se podia desarraigar la una sin agitar la otra. Suprimido el trono, el catolicismo, como institucion soberana y civil, caia con él. En lugar de una ruina se necesitaban dos.

En fin, la familia real en Francia que consideraba el trono como herencia inalienable y el poder soberano como una legitimidad de su sangre, se habia confundido por sus matrimonios, por sus parentescos, y por sus alianzas con todas las familias soberanas de Europa. Atacar los derechos del trono en Francia, era estinguirlos ó amenazarlos en la Europa entera. Las familias reales no eran

mas que una sola familia, las coronas eran solidarias. Suprimir el título y los derechos del trono en París, era suprimir la herencia y los derechos de los reyes en todas sus capitales; era además, trastornar é invertir todas las relaciones exteriores de la Francia con los Estados Europeos, fundados sobre una política de familia, para fundarlas sobre una política de intereses nacionales. El ejemplo era amenazador, la guerra cierta, terrible y universal. He aquí todo lo que la historia dijo en voz baja á los girondinos.

V.

Por otro lado, el republicanismo, cuyo intérprete era la Convención, decía al alma de los convencionales: «Es necesario acabar con los tronos. La revolución tiene por misión sustituir la razón á las preocupaciones, el derecho á la usurpación, la igualdad al privilegio, la libertad á la esclavitud en el gobierno de las sociedades, empezando por la Francia. El trono es una preocupación y una usurpación que se sufre hace muchos siglos por la ignorancia y por la cobardía de los pueblos. La costumbre sola ha creado este derecho. La soberanía absoluta es un hombre pueblo, sustituyéndose á la humanidad soberana; es el género humano, abdicando sus títulos, sus derechos, su razón, su libertad, su voluntad y sus intereses en manos de uno solo. Es hacer por medio de una ficción un dios de quien la naturaleza no ha hecho mas que un hombre. Es degradar, desposeer y destronar á millones de hombres iguales en derechos ó tal vez superiores en virtud y en inteligencia, para engrandecer y para coronar á uno solo. Es asimilar una nación á la tierra de labor que se pisa, y dar su civilización, sus generaciones y sus siglos en propiedad á una familia, para que disponga de la herencia de Dios.

«¿Transigiremos con esta costumbre del trono, y conservaremos el nombre suprimiendo la cosa? ¿Crearemos para complacer á la multitud rutinaria un trono constitucional representativo en que el rey sea el primer magistrado hereditario, encargado de ejecutar pasivamente las voluntades del pueblo? ¿Pero qué fuerza y qué utilidad tendrá nunca semejante institución? Acabamos de hacer la experiencia de esto, y nuestros hijos la harán después de nosotros. Una de dos, ó este rey constitucional tendrá un derecho propio y una voluntad personal, ó no tendrá ninguno. Si tiene un derecho propio y una voluntad personal, este derecho y esta voluntad personal en oposición con frecuencia y en lucha muchas veces con la voluntad del pueblo, no habrán hecho mas que encerrar un germen de contradicción, de guerra, civil y de muerte en la Constitución. El gobierno en lugar de ser la armonía y la unidad, será el antagonismo y la guerra. Será la anarquía constituida en la cumbre del poder, para mandar á la paz y al orden que estarán abajo. Este es un contrasentido.

«Si el rey no tiene autoridad ni voluntad personal, entonces impotente y despreciado, no será mas que la aguja dorada que marque la hora en el cuadrante de la Constitución, pero que no atreglará ni moderará en nada el mecanismo. Irrisión del título de rey y envilecimiento del signo del poder.

«Pero no es esto todo: ó este rey representativo será un ser nulo y un fantasma, ó será un hombre capaz y ambicioso. Si es un ser nulo y un vano fantasma, solo servirá para desvirtuar el trono y para convertirlo en un objeto de compasión á los ojos del pueblo. Pero si es un hombre de capacidad y ambicioso, ¿qué peligro vivo y perenne no vais á crear con vuestras propias manos contra la libertad y la igualdad de la nación?

«Honrado con el nombre y el signo del poder supremo, puesto de manifiesto continuamente en sus palacios,

en sus ceremonias, en sus templos y á la cabeza de sus ejércitos, á las adoraciones de sus pueblos, ricamente dotado con una testa civil y con propiedades inadmisibles y siempre crecientes; elemento de la corrupcion de los caracteres, órgano de todas las voluntades, ejecutor de todas las leyes, negociador con todas las córtes estrangeras, facultado para nombrar todos los ministros y para depositar en ellos toda la responsabilidad de sus impopularidades; canal de todas las gracias, única institucion hereditaria en el seno de una Constitucion en que todo sea electivo y vitalicio, transmitiendo de padres á hijos tradiciones ambiciosas de usurpacion del poder, gastando á los hombres y á los partidos sin gastarse nunca á si mismo, ¿como permanecerá semejante trono inofensivo para la libertad y la igualdad de la nacion? ¿No tendrá evidentemente sobre los poderes populares las ventajas de lo que pasa continuamente? ¿No habrá absorbido antes de un siglo todos los que tengamos la imprudencia de confiarlo perteneciente á nuestros derechos y á nuestros deberes que en vano habria sido reconquistar para luego devolvérselos? ¿Valiera mas no destruir esta preocupacion que restablecerla con nuestras propias manos!

«La república democrática, proseguia, es el único gobierno que dicta la razon. En ella, no hay hombre divinizado, ni familia independiente de la ley, ni casta fuera de la igualdad, ni ficciones que supongan en el hijo las virtudes y el genio del padre dando á los unos la herencia del mando, y á los otros la de la obediencia.»

«La razon humana es la única legitimidad del poder: la inteligencia es el título, no de la soberanía, porque la nacion no la reconoce fuera de si misma, pero si el de las magistraturas instituidas para el interés y para el servicio de todos. La eleccion es la consagracion del pueblo para estas magistraturas, delegaciones irrevocables de su voluntad. Ella eleva y dispone sin cesar. Ningun ciudadano es mas soberano que otro: todos los son

en proporcion del derecho, de la capacidad, y del interés que tienen en la asociacion comun.

«Las influencias verdaderamente personales y vitalicia, no son sino la libre aquiescencia de la razon pública á los méritos, á las luces y á la virtud de los ciudadanos. La superioridad de la naturaleza, de la instruccion, de la fortuna y de la adhesion, probadas en las elecciones mútuas de los ciudadanos entre si, hacen subir por un movimiento espontáneo á los mas dignos para el gobierno. Pero estas superioridades, que se legitiman por sus servicios, no amenazan nunca al gobierno de degenerar en tirania. Ellas desaparecen con sus servicios mismos, y vuelven á entrar despues de ciertos plazos fijos en las filas de los simples ciudadanos, estinguiéndose con la vida política de los favoritos del pueblo, y haciendo lugar á otras capacidades que le servirán á su vez. Esta es la fuerza verdadera del poder social, que pertenece, no á algunos, sino á todos: saliendo sin interrupcion de su único origen que es el pueblo, y volviendo siempre á él, inagenable para volver á salir eternamente de él segun sea su voluntad. Tal es la rotacion del gobierno calcada sobre la rotacion perpétua de las generaciones que nunca se detiene, que jamás funda el porvenir en lo pasado, y que no amortiza ni la soberanía, ni la ley, ni la razon, sino que á ejemplo de la naturaleza, se eterniza, renovándose continuamente.

El trono, es el gobierno que se dice hecho á la imagen de Dios: esto no puede ser un sueño. La república es el gobierno hecho á la imagen del hombre: esto es la realidad política. Pero si la forma republicana es la nacional, tambien es la mas justa. Ella distribuye, nivela, é iguala sin cesar los derechos, los títulos, las capacidades, las funciones, los intereses de las clases y los ciudadanos entre si. ¡El Evangelio es democrático, el cristianismo republicano!

Y aun cuando la república no fuese lo ideal del gobierno y de la razón, sería en este momento la necesidad de la Francia. La Francia, con un rey destronado, con una nobleza armada contra ellos, con un clero desposeído, con la Europa monárquica entera sobre sus fronteras, no encontraría en ninguna forma de trono, en ninguna monarquía templada, en ninguna dinastía antigua ó nueva la fuerza sobrehumana de que necesita para triunfar de tantos enemigos y para sobrevivir á semejantes crisis. Un rey, sería sospechoso; una constitución, impotente; una dinastía, disputada. En tal estado de cosas, la energía desesperada y poderosa del pueblo, evocada desde el fondo de este mismo pueblo, y convertida por aclamación en gobierno, es la única fuerza que puede igualar la voluntad á la resistencia, y el sacrificio á los peligros. Anteo tocaba la tierra y renacía. La Francia debe tocar al pueblo para apoyar en él la palanca de la revolución. Vacilar entre las distintas formas de gobierno en semejantes momentos, es perderlas todas. ¡No tenemos elección! La república es la última palabra de la revolución, así como el último esfuerzo nacional. ¡Es menester aceptarla y defenderla, ó vivir con la muerte vergonzosa de los pueblos que entregan sus hogares y sus dioses en rescate de su vida á sus enemigos!»

Tales eran las reflexiones que la razón y las pasiones á veces, lo pasado y lo presente de la Francia sugerían á los girondinos para decidirlos á la república. La política y la necesidad les impuso entonces esta forma de gobierno, y ellos la aceptaron.

Solamente los girondinos temían ya que esta república cayese en las manos de una demagogia furiosa é insensata. El 10 de agosto y el 2 de setiembre los conternaba, y quería dar algunos días de reflexión á la reacción de la Asamblea y de la opinión contra estos excesos populares. Hombres imbuidos en las ideas republicanas de la antigüedad, en que la libertad de los ciudadanos suponía la esclavitud de las masas, ó en la que las repúblicas no eran sino numerosas aristocracias, ellos comprendían mal el genio cristiano de las repúblicas democráticas del porvenir. Ellos querían la república á condición de gobernarla solos, en las ideas y en los intereses de la clase media y letrada á las cuales pertenecían. Se proponían hacer una constitución republicana á imagen de aquella sola clase ante la cual acababan de evaporarse el trono, la iglesia y la aristocracia. Bajo el nombre de república entendían el reinado de las luces, de las virtudes, de la propiedad y de los talentos de que su clase tendría en adelante el privilegio. Soñaban con imponer condiciones, garantías, exclusiones, incapacidades en las condiciones electorales, en los derechos cívicos y en el ejercicio de las funciones públicas que hubiesen ensanchado sin duda los límites de la capacidad para el gobierno pero que hubiesen excluido de las urnas á la masa ignorante indigente ó mercenaria del pueblo.

La Constitución, debiendo corregir según ellos, lo que la república tenía de popular y borrascoso, separaban en su pensamiento la plebe de la nación. Sirviendo á la una, ellos contaban precaucionarse contra la otra. No se resignaban á forjar con sus propias manos en una Constitución repentina poco reflexionada y temeraria, el hacha bajo la cual sus cabezas tendrían que inclinarse

y caer. Numerosos en la Convencion se fiaban en su ascendiente.

VIII.

Pero este ascendiente, que predominaba todavía en los departamentos y en la Asamblea, había disminuido hacia dos meses en París, ante la audacia del ayuntamiento, ante la dictadura de Danton, ante la demagogia de Marat, y sobre todo, ante el prestigio de Robespierre. El ayuntamiento había invadido. Marat había atemorizado. Danton había gobernado. Robespierre se había engrandecido. Los girondinos despojados de todo lo que se había conquistado por sus autoridades y por sus hombres, habían seguido aunque murmurando muchas veces, el movimiento que los arrastraba. No habían previsto nada ni arreglado nada, durante la tempestad, y habían dominado en apariencia los movimientos como los restos de una nave dominan la ola siguiendo sus ondulaciones.

Todos sus esfuerzos para moderar la corriente anárquica de la capital no habían servido sino para señalar su debilidad. La nación se retiraba de ellos. Ni uno de aquellos hombres favoritos de la opinión en la Asamblea legislativa había sido nombrado para la Convencion por la ciudad de París: y todos sus enemigos, al contrario, eran los elegidos del pueblo. El ayuntamiento había hecho nombrar á todos sus candidatos. Danton, Robespierre y Marat, despues de haber dictado los escrúpulos, dictaron despues los votos.

Impaciente el pueblo pedía á los dos partidos resoluciones estremas. Su popularidad estaba en subasta y era necesario simbolizar su energía y aun su furor para conquistarla. La reserva monárquica hecha por Vergniaud, Gaudet Gensonné y Condorcet, mencionando el

nombramiento de un ayo para el príncipe real en el decreto de supresion, había hecho sospechoso á los girondinos. Esta esperanza dada á la monarquía parecía revelar en ellos un secreto pensamiento de restablecerla despues de haberla abatido. Los periódicos y las tribunas de los jacobinos esplotaban en contra de ellos esta sospecha de realismo ó de moderacion: «Vosotros no habeis quemado vuestras naves, les decian; mientras que nosotros combatíamos por destruir para siempre el trono, vosotros escribiais con vuestra sangre respetuosas reservas en pro de la soberanía. Los girondinos no podían responder á estas acusaciones sino tomando la ventaja de la audacia sobre sus enemigos, pero aun en esto, otro temor les detenía. Aquellos hombres no podían dar un paso mas en el camino de los jacobinos y del ayuntamiento sin pisar la sangre del 2 de setiembre. Esta sangre les causaba horror y se detenían sin deliberar ante el crimen. Resueltos á votar la república, querían votar al mismo tiempo una Constitucion que diese á la república algo de la concentracion del poder y de la regularidad de la monarquía. Por educacion y por carácter eran romanos, y el pueblo y el senado de Roma eran el único ideal político que se ofrecía confusamente á su imitacion. El advenimiento del pueblo entero al gobierno, la inauguracion de aquella democracia cristiana y fraternal que Robespierre preconizaba en sus teorías y en sus discursos, no habían entrado nunca en sus planes. Cambiar la forma del gobierno era toda la política de los girondinos. Cambiar la sociedad era la política de los demócratas. Los unos eran políticos, los otros filósofos. Los unos pensaban solo en el día siguiente, los otros en la posteridad.

Antes de proclamar la república, los girondinos querían darle una forma que la preservase de la dictadura y de la anarquía. Los jacobinos querían proclamarla como un principio á todo evento, de donde saldrían

torrentes de sangre tal vez, y tiranías pasajeras, pero de donde nacería, según ellos, el triunfo y la libertad de pueblos de la humanidad. En fin, Danton, completamente indiferente á las formas del gobierno, con tal que estas formas le diesen el imperio, quería proclamar la república para comprometer á la nación entera en la causa de la revolución y para hacer inevitable y terrible entre la Francia libre y los tronos, un choque en que el antiguo orbe político se rompiese ó hiciese lugar, no á los principios, sino á los nuevos hombres.

En fin, muchos otros, tales como Marat y sus cómplices, querían proclamar la república como una venganza del pueblo contra los reyes y los aristócratas, y como una era de agitación y de turbulencias en que la fortuna multiplicase las casualidades que abaten lo que está en alto y elevan lo que está abajo. La espuma necesita que haya tempestades para sobrenadar y elevarse. La política de estos demagogos no era sino la sedición convertida en principio y la anarquía escrita en forma de Constitución.

IX.

Sin embargo, cada uno de estos partidos debía apresurarse para no dejar á los otros el honor de la iniciativa y la ventaja de la prioridad.

Los girondinos, orgullosos de su superioridad numérica en la Convención, se reunieron en consejo en casa de madama Roland y resolvieron no admitir la discusión sobre el cambio de forma de gobierno, sino después de apoderarse de las comisiones ejecutivas, y sobre todo, de la comisión de Constitución que prepararía su plan, que aseguraría sus medios, y que sería el órgano de sus voluntades. Creían dominar suficientemente en la Convención, por el número de adictos y por la autoridad de su

crédito, para prevenir en las primeras sesiones, cualquier aclamación temeraria á la república. Con esta confianza entraron en el salón.

Danton, Robespierre, y el mismo Marat, no se proponían adelantar el momento de aquella proclamación: solo querían dar solemnidad al más grandioso acto orgánico que una nación puede verificar. Querían además sondear sus fuerzas en la Convención y agrupar sus amigos desconocidos los unos de los otros, para modelar la república en su nacimiento, cada uno según sus ideas y ambición. El silencio estaba tácitamente convenido sobre esta gran medida entre todos los jefes de la Asamblea; pero la víspera de la primera sesión, algunos miembros jóvenes y exaltados de la Convención, como Saint Just, Leguino, Panis, Billaud Varennes, Collot de Herbois y otros individuos del ayuntamiento reunidos en el Palacio Real, enardecidos por la conversación y por los vapores del vino, condenaron unánimemente esta contemporización de los jefes, resolvieron inutilizar aquella tímida prudencia y desconcertar el proyecto de los girondinos, lanzando la palabra república á sus enemigos. «Si ellos la recogen, dijo Saint Just, son perdidos, porque seremos nosotros quien se la habremos impuesto, si se separan de ellos también se pierden, porque oponiéndose á un deseo del pueblo se sumergirán en la impopularidad que nosotros amontonaremos sobre sus cabezas.

Leguino, Sergeant, Panis y Billaud Varennes aplaudieron el audaz maquiavelismo de Saint Just, Collot de Herbois, cómico pocos días antes, orador teatral, de voz sonora, de ademanes libres, hombre de orgía y de resolución, se encargó de presentar la moción y juró hacer frente él solo si era necesario, al silencio, al aturdimiento, y á las murmuraciones de la Gironda.

Por la noche, como se habia convenido, Collot de Herbois, dió al entrar en la sesion la señal á los impacientes que se aprestaron para servirle de eco. Una palabra que predomina en la indecision de una Asamblea arrastra las resoluciones. No hubo prudencia capaz de contener lo que estaba en el pensamiento de todos. Apenas Collot de Herbois hubo pedido la abolicion del trono, cuando una esclamacion, en la apariencia unánime, se elevó en todo el salon, atestiguando que la voz de uno solo habia pronunciado la palabra de la necesidad presente. Quinette y Bazire, habiendo pedido por respeto á la nueva institucion, que la gravedad de las formas y la solemnidad de la reflexion presidiesen á la proclamacion de la república: «¡No hay necesidad de deliberar, esclamó Gregoire, cuando todo el mundo está de acuerdo! Los reyes son en el orden moral lo que los monstruos son en el orden fisico. Las cortes son el taller de todos los crímenes. ¡La historia de los reyes es el martirologio de los pueblos!» El jóven Ducos, de Burdeos, amigo y discípulo de Vergniaud, conociendo que era preciso confundir la voz de su partido con la esclamacion general, para que el pueblo no pudiese distinguir ni la primera ni la última en este voto: «Redactemos al momento el decreto, dijo, no hay necesidad de considerandos despues de las luces que el 10 de agosto ha esparcido. ¡El considerando de vuestro decreto de abolicion del trono, será la historia de los crímenes de Luis XVI!» La república fué proclamada de este modo con diversos sentimientos, pero por unanimidad. Arrebatada á la iniciativa de unos por la popularidad celosa de otros, arrojada como un reto por los jacobinos á sus enemigos, aceptado con aclamaciones por los girondinos por no dejar el honor del patriotismo á los ja-

cobinos: resolucion desesperada, abismo desconocido en que la reflexion arrastraria á los políticos, ó el vértigo atraeria á los imprudentes: asilo único que quedaba á la patria, segun los patriotas: sima oscura en que cada uno creia precipitar á sus rivales precipitándose con ellos, y que todos debian llenar alternativamente con sus combates, con sus crímenes, con sus virtudes y con su propia sangre.